

Figúrate una elipse, cuyo mayor diámetro mide 758 pies. Imaginate dos curvas galerías formadas por 284 columnas jónicas. Sobre estas galerías, cuya altura es de 61 pies, coloca 96 estatuas colosales de Santos. Allá, á lo lejos, fingete la fachada de la Basilica, de 370 pies de latitud, por 485 de elevacion desde su pavimento, ya muy alto, hasta la cruz de la cúpula. A los lados de esta fachada añade otras dos galerías rectas, formadas por pilastras, y coronadas tambien de gigantes esculturas. ¡Cuenta, entre todas, 192 estatuas colosales! Repara en que el agua de las fuentes se eleva 40 pies sobre el suelo. Alza los ojos hasta percibir la cruz que corona el *Obelisco* egipcio plantado en medio de la plaza, y asómbrate al ver que su solitaria mole hiende los aires hasta una altura de 140 pies. Advierte, por último, que desde la entrada de la plaza hasta la puerta de *San Pedro*, media un espacio de 400 varas...

Mas ni aun así creo que consigo que te figures la grandeza y el grandor de aquel lugar.—¿Qué importan los números ni las medidas, si no puedo hacerte ver aquellas masas de piedra, las proyecciones de la luz del sol en las recias columnatas, las amplias líneas con que el templo y el palacio se dibujaban en el cielo, el Océano de aire resplandeciente en que nadaba tanta maravilla, ni mucho menos el armonioso y bello conjunto de todas las cosas que he enumerado?

Avancemos, pues, hácia la Basilica.

Antes de subir la escalinata que la precede, dirigí una mirada hácia la galería de pilastras de la derecha, que se encamina á la gran escalera del Vaticano, y vi bajo los pórticos algunos individuos, vestidos con un pintoresco traje de vivísimos colores y cortado al estilo de la edad media, que se paseaban con una alabarda al hombro.—Eran los famosos *suizos* que dan la guardia al Papa.

Continué avanzando.

Al pie de la triple escalinata por donde se sube á las cinco puertas de la Basilica, hay dos estatuas colosales, una á cada lado, como centinelas avanzados sobre la plaza.

Son *San Pedro* y *San Pablo*,—el Príncipe de los Apóstoles y el Apóstol de los gentiles: las dos grandes columnas de la Fé.

Desde lejos me habia parecido que estas estatuas distaban muy poco del inmensurable templo. Al acercarme á ellas comprendí que la meseta de la escalera que conduce al atrio, es por sí sola una estensa plaza, y cada escalon, una ancha calle.

En cuanto á la Basilica, seguia creciendo, segun yo avanzaba, y se me venia encima, como se dice vulgarmente, agobiándome con su enorme pesadumbre.

La portada de *San Pedro* no es bella bajo el punto de vista del arte. Su magnitud carece de grandiosidad. Aquellas columnas adheridas al muro, y la division de este en puertas y ventanas, son mas propias de un palacio que de un templo. Lo único que disculpa al arquitecto que la construyó (*C. Maderna*), es la precision en que estaba de colocar en la portada de la Basilica un balcon desde el cual bendijese el Santo Padre á la ciudad y al mundo el primer dia de Pascua de Resurreccion.

Sobre la balaustrada ó ático se ven trece estatuas gigantescas, que representan á Cristo y á los doce Apóstoles, y en cada extremo de la misma hay un reloj.—El de la derecha marca las horas á la italiana, esto es, desde una hasta veinte y cuatro, segun te he esplicado ya.

La catedral, así por dentro como por fuera, está construida, como sabrás, en el estilo del Renacimiento, no habiendo otra razon para que se llame *Basilica*, que el haber sido edificada sobre una que habia levantado Constantino.—Su disposicion arquitectónica es de catedral.

Pero dejemos para despues esta y otras cuestiones de arte; y olvidándonos por un momento de la crítica, penetremos ya en *San Pedro* con la devocion que requiere el caso, mas atentos al espíritu de las cosas, que á la forma artística en que hayan sido espresadas.

He dicho que *San Pedro* tiene cinco puertas por su fachada principal.

Estas dan á un estenso vestibulo ó pórtico, en cuyos extremos laterales se ven dos soberbias estatuas ecuestres;—la de *Constantino* y la de *Carlomagno*.

A *San Pedro* y á *San Pablo*, cuyas estatuas vimos antes, les llamamos las dos grandes *Columnas de la Fé*.—Constantino y Carlomagno son las dos grandes *Columnas de la Iglesia*, sus paladines en el siglo.—El uno puso al servicio de la cruz las águilas romanas, reconoció el cristianismo, lo levantó sobre su trono, legalizó su existencia en el imperio: el otro aumentó los Estados de la Iglesia, los defendió, los aseguró para siempre.—El primero es el escudo, la egida de la Iglesia Romana: el segundo, el mantenedor del reino pontificio.—Hé aqui por qué los sucesores de *San Pedro* han dado tan alto testimonio de gratitud á esos dos príncipes magnánimos y piadosos, de los cuales el uno es el campeón de su poder espiritual, y el otro el campeón de su poder temporal.—Como papas y como reyes, los pontífices romanos les debian el alto honor que les han hecho al admitirlos á caballo en el vestibulo de *San Pedro*.

En este mismo vestibulo se ven unas antiguas lápidas procedentes del pórtico de la humilde *Basilica de Constantino* que ocupó aquel lugar. Entre ellas hay una, de mármol negro, en que se lee una Elegia compuesta por Carlomagno en 795, con motivo de la muerte de su amigo el papa Adriano I.

Las lamentaciones del emperador principian de este modo:

Post Patrem lachrymans, Carolus, hæc Carmina scripsi,
Tu mihi dulcis Amor, te modo plango Pater,
Tu memor esto mei, sequitur te mens mea semper:

Nomina jungo simul titulis, clarissime, nostra;
HADRIANUS, CAROLUS, Rex ego, tu que pater.

A las cinco puertas citadas, corresponden otras cinco que dan paso del vestibulo al interior del templo.—Encima de la puerta de en medio se ve la célebre *Navicella* (la Barquilla de *San Pedro*) de Giotto, que tambien fue ejecutada para la antigua Basilica.—La cuarta puerta, contando de izquierda á derecha, está

murada, y solo se abre cada veinte y cinco años para el Jubileo.—Se llama la *Puerta Santa*.

Ya no había mas remedio que entrar. Algunos devotos que iban ó venían, me marcaban el camino del interior del templo, entreabriendo la cancela de la única puerta que no se hallaba cerrada... Un paso mas, y daban fin los muchos años que había pasado imaginándome á San Pedro y sin haberlo visto... Un paso mas, y trocaba una esperanza en un recuerdo, y me quedaba en la vida con un misterio menos en el alma...

Di este paso, y entré.

Toda la magnificencia del templo se desplegó súbitamente ante mis ojos.

Ni el Escorial, ni la Catedral de Milan, ni la Cartuja de Pavía me impusieron, me anonadaron tanto.—¡Cuánta grandeza y cuánta magnitud reunidas! ¡Cuánta riqueza y cuánto arte á un mismo tiempo! ¡Qué armonía, qué hermosura, qué sublimidad!

No: no seguía la reverente costumbre de admirarlo. A mí las rutinas me previenen siempre en contra; y esta prevencion, así como los pomposos anuncios, me hacen encontrar pequeñas las cosas mas grandes. Yo soy lo bastante sincero para poder confesar en cualquier caso que no abundo en una opinion universalmente admitida... Pero la Basílica de San Pedro es *grande* absolutamente y para todos; grande para el artista y para el profano; grande para el creyente y el escéptico, para el entusiasta y el indiferente, para el que entra en ella preparado de antemano, y para el que la visitara sin noticia anterior de su existencia.

Suspense, atónito, arrobado quedéme á la puerta, viéndolo todo y no fijándome en nada.—Aun no descubría el vano de la cúpula; pero me asombraba su solo arranque y la diáfana luz que bullía debajo de ella.

Tres anchas naves; pilares enormes, cuya planta es equivalente á la de iglesias enteras; bóvedas doradas cuya altura asombra; estatuas colosales de mármol blanco, representando á los *Profetas*, á los *Fundadores de órdenes religiosas* y á una multitud de alegres ángeles; pilastras corintias, estriadas, de increíble elevacion; los cuadros mas bellos del mundo reproducidos en admirables mosaicos; las *Virtudes*, gigantescas figuras en estuco, adornando los grandes arcos; allá la *Confesion de San Pedro*, ó sea la tumba de los Apóstoles; allá el magestuoso Altar Mayor, aislado sobre el lugar donde se encuentran los brazos de la cruz latina que forma el templo; detrás, el espacioso ábside, *Coro* de los cardenales, *Salon del trono* de los pontífices, *Córte* de las almas...—hé aquí las primeras maravillas que fui distinguiendo en la gran maravilla del conjunto.

Y todavía no había formado idea de la inmensidad del templo...—Tal es la armonía, la combinada proporcion de todas sus partes.—Pero cuando di algunos pasos dirigiéndome á una pila de agua bendita, sostenida por un ángel de mármol, graciosa figura que desde lejos me había parecido débil y pequeña como la de un niño de pocos meses, me asombró, primero la distancia que tuve que recorrer para llegar á la pila, y luego el colosal tamaño de aquel ángel, cuya

mano era tres veces mas grande que la que yo alzaba para tomar agua.—Solo entonces comprendí las ciclopeas dimensiones de la *Basílica*.

En seguida avancé por la gran nave del centro, y al andar me parecía que pesaba sobre mis hombros, abrumándolos, la gran cantidad de aire que mediaba entre mi cabeza y las altas bóvedas.

Cuando llegué bajo la cúpula, mi admiracion rayó en susto, en vértigo, en estupor.—Nunca espacio tan amplio fue robado por el hombre á las regiones serenas de la libre atmósfera.—Diríase que aquella cúpula ha invadido el cielo azul; lo ha enlazado con la tierra; lo ha encerrado y comprendido en un fanal de mármol, obligándole á servir de techumbre á la casa del señor.

¡Llor eterno á Bramante, al soberano artista que imaginó tal portento! ¡Llor á Miguel Angel que lo realizó, que lo dibujó en los aires, que resolvió el temerario problema de levantar, como ha dicho un poeta insigne, el *Pantheon* sobre el *Coliseo*.

La cúpula de Brunelleschi en la catedral de Florencia podrá tener el mérito de la prioridad; pero nó impone, no avasalla el ánimo como la de San Pedro. Esta es mas grande materialmente; arranca de mayor altura; es mas armónica en sus proporciones; está mas ricamente decorada, y sobre todo ostenta, respira, infunde una magestad, un poderío, un sosiego victorioso, no sé qué triunfo, qué paz, qué beatitud agena al mundo de aquí abajo, que no pueden compararse sino á las plácidas, solemnes, tranquilas emociones que me causó el aspecto de la cima nevada del *Mont-Blanc*.

«Las nubes ceñían su cintura, sin lograr alzarse nunca hasta su frente, que se erguía desdeñosa sobre las tempestades de la tierra.»

Esto decía yo del rey de los Alpes: esto puede decirse de la gigantesca máquina que se levantaba sobre mi cabeza.

Y por eso trasmite al alma tan augusta serenidad, tan inmortal reposo.

La escelsitud material ó moral consuela siempre al hombre, hundido ó miserable en este valle de oscuridad y de tristeza.

Continuemos.

Bajo la soberbia cúpula, es decir, en el terreno que hoy cobija, viéronse en otro tiempo luchas de hombres y de fieras, presididas por Neron, cuyo *Circo* ocupaba aquel mismo lugar: allí sufrió el martirio y fue sepultado San Pedro: allí se alzó (¡cuán humilde!) en el primer siglo de la iglesia, una *Capilla* consagrada al príncipe de los Apóstoles por su discípulo *San Anacleto*, tercer papa, que despues fue tambien martirizado: allí erigió *Constantino* la primera Basílica cristiana: allí concibieron Julio II y Miguel Angel la idea del maravilloso templo que ha sustituido á la primitiva Basílica: allí, en fin, bajo la titánica cúpula, que como una ingente corona se cierne en la soledad de los aires, se ve hoy, al pie del Altar Mayor, la tumba de bronce que encierra los restos de los apóstoles *Pedro y Pablo*.

Aquella tumba tan veneranda es toda de bronce, adornada de una gran cruz de oro.—Ciento cuarenta y dos lámparas la alumbran de día y de noche, cons-

tantemente, menos el Viernes Santo, que reinan también las tinieblas en el sepulcro de los amigos de Jesús!...—Lo que allí se siente pudiera espresarse en un himno; pero no es para explicado en oscura prosa.—Adivínalo tu alma.

Delante del altar que hay en el fondo de este augusto panteón, se ve una estatua arrodillada, que reza con las manos juntas, adorando á los santos mártires.—Es Pio VI, representado por el cincel de *Canova*.—El cuerpo del pontífice yace debajo de la estatua.—Pio VI, el gran legislador, el papa liberal, el príncipe patriota, el antagonista de Bonaparte, el prisionero no vencido, el mártir victorioso!....

El Altar Mayor de la Basílica, en el que solo puede officiar el Papa, forma un suntuoso tabernáculo de bronce dorado (cuyo bronce procede del Pantheon de Agrippa), de una enorme altura y singular belleza...

Detrás del tabernáculo sigue la gran nave central, formando una especie de salón de 164 pies de longitud.

En el fondo de la nave se ve el trono del Papa,—modesto sitial forrado de blanco, símbolo de paz y mansedumbre;—trono de anor, que me hizo recordar con pena que todos los tronos de reyes y emperadores que habia visto hasta entonces, eran rojos... de color de sangre; trono de pureza, de inocencia, de santidad, que me infundió la veneración mas profunda que jamás hube experimentado.

En aquel que he llamado Salón, mezcla de palacio y de iglesia, precedido de un altar y terminado por otro, adornado con la *Silla ó Cátedra de San Pedro*, se sienten, se tocan á un tiempo mismo el poder temporal y el poder espiritual de los Papas.—Allí se legisla para este mundo y para el otro.

En aquella asamblea se ven tribunas, escaños, un trono mundanal...—y por encima, otro mas escelso trono, la *Cátedra de San Pedro* que he citado, la misma Silla (dice la tradición) que perteneció al discípulo del Redentor del mundo, sostenida por *San Ambrosio* y *San Agustín*, los dos grandes doctores de la Iglesia Latina, y por *San Atanasio* y *San Juan Crisóstomo*, los dos grandes doctores de la Iglesia Griega.

La *Cátedra de San Pedro*, que es de madera, se halla encerrada y oculta bajo un magnífico revestimiento de bronce dorado, obra maestra de Bernini.—Yo la miraba; y miraba el trono pontificio colocado debajo de ella; y leía allá en lo alto, en el friso del amplio cornisamento que sirve de base á la cúpula, estas palabras escritas con enormes caracteres: *Tu est Petrus et super hanc Petram edificabo Ecclesiam meam; et tibi dabo claves regni cælorum;* y recordaba aquellas otras palabras: *lo que ligares sobre la tierra, ligado será en los cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra, será también desatado en los cielos;* y estas, aun mas espresivas: *Quorum remiseritis peccata, remittuntur eis; et quorum retineritis, retenta sunt;* y pensaba, como por la mañana, en la suprema potestad de que está dotado el Sumo Pontífice; en que tiene por cetro las llaves del cielo; en que le compete la remisión de todos los pecados; en que su diestra vibra la excomunión y reparte la indulgencia; en que su absolución dis-

pensa de toda pena y de toda culpa; en que sus sentencias son infalibles; en que doscientos millones de almas reconocen y acatan esta soberanía espiritual, y en que una vez recusada por la duda semejante autoridad, escala milagrosa que, como la de Jacob, une la tierra al cielo, nuestra pobre vida quedaria incomunicada con Dios; las tinieblas reinarian sobre el mundo; la tierra seria un calabozo



Interior de San Pedro de Roma.

sin salida; la esperanza no encontraría un sendero por donde buscar la libertad; y la vida seria la desesperación, y la muerte seria la nada!...

Esto pensaba; y ante tales ideas, la gran Basílica me pareció mezquina, pobre y enana, á causa de sus mismas soberbias pretensiones y de su portentosa magnificencia terrena; esto pensaba, y ante tales ideas nada encontré alrededor mio que representase directamente el sacrificio de las vanidades de la tierra hecho

por el alma cristiana sobre el ara de la tumba á la esperanza de otra mejor vida: esto pensaba, y ya me iba, no queriendo fijar en los graciosos primores de una obra humana una atencion y una reverencia que reclamaba con mejor derecho la iglesia ideal que acababa de surgir en mi mente; ya me iba, digo, dejando para otro dia examinar el templo con ojos de artista ó de curioso, cuando reparé en una cosa que correspondia ciertamente á la altura de mis meditaciones.—Tal era una multitud de confesonarios, colocados como en asamblea en una de las naves laterales, formando un amplísimo círculo.—Sobre cada uno de aquellos confesonarios habia un letrero que marcaba el idioma en que podian revelarse allí los pecados.—*Pro lingua ilirica... Pro lingua gallica... Pro lingua hispanica... Pro lingua greca... Pro lingua lusitana... germanica... itala... arabica... britannica... etc. etc.*

Hé aquí, me dije, el gran tribunal de la penitencia; hé aquí el gran océano de las culpas, en el que desembocan, como otros tantos rios, esos confesonarios, procedentes de apartadas regiones del universo: hé aquí el catolicismo: hé aquí la iglesia de todas las gentes.

En el confesonario español se acusaba una mujer vestida de negro...—Comprenderás que no llevé mi espíritu de observacion hasta fijar los ojos en aquella penitente.—Adiviné, ó por mejor decir, forgé en mi fantasía una poética y dolorosa historia, y pasé.

Los confesonarios franceses eran dos.—La lengua francesa será con el tiempo la lengua universal.—Además que en Roma hay 25,000 galos de guarnicion.

Luego pasé por delante del sepulcro de Pio VII, de aquel otro vencedor de Napoleon I.—Allí recordé un antiguo episodio que escribí hace tiempo con el título de ¡*Viva el Papa!*

En la Basilica han sido enterrados *cientos treinta* Pontífices, empezando por San Pedro y concluyendo por Gregorio XVI.—Imaginate ahora la inmensa variedad de suntuosos mausoleos que se verán por todos lados.

La catedral de San Pedro contiene 464 *columnas*, de las cuales 16 son de bronce, 259 de mármol y 209 de granito;—281 *estatuas* de bronce, mármol y estuco,—y 46 *altares*.

En la gran nave, á la derecha de la tumba de los Apóstoles, hay una estatua de bronce, que representa á San Pedro, tan venerada por los católicos, que le han gastado el pie derecho á fuerza de besárselo.—La escultura data del año 440.

He dicho que me marchaba, conociendo que era imposible formar idea de todo lo que encierra la Basilica y prometiéndome volver mas despacio, cuando estuviera mi imaginacion bastante sosegada para estudiar minuciosamente todos aquellos prodigios de arte; me marchaba, digo, creyendo que no habia permanecido en el templo sino algunos minutos, cuando hé aquí que al mirar al relój, encontré que mi visita habia durado tres horas!—Así acontece con el mar: contemplándolo, se pierde la conciencia del tiempo.

Mas no creas que salí de la Basilica para irme á la calle... no. Aun tenia que

ver lo principal: tenia que ver á *San Pedro* á vista de pájaro: tenia que subir á lo alto de la cúpula

Muchas y muy grandes impresiones he experimentado durante esta ascension, siendo las principales el aspecto exterior de la misma cúpula contemplada desde la plataforma ó sea desde los tejados del templo:—la vista interior del templo, cuando se asoma uno á lo alto de la cúpula y sumerge sus miradas en aquel profundo vacío... y distingue allá abajo las estatuas y los hombres como puntos imperceptibles que apenas se alzan sobre el pavimento de la iglesia;—y el momento en que se entra (después de haber dominado la cúpula y la linterna que la corona) en la gran bola de bronce que sirve de pedestal á la cruz.

Esta bola de bronce (*la palla*) puede contener diez y seis personas, y sin embargo, vista desde la plaza de San Pedro, aparece del tamaño de una naranja.

Dentro de la *palla* encontré dos inglesas.

Yo no olvidaré nunca el terror y el vértigo que me han asaltado en aquel lugar. — Hoy no corria viento alguno; y con todo, la bola temblaba, se mecia... como un barco agitado por el Océano.

Fuera de la bola hay todavía una escala de hierro por la cual se sube á lo alto de la cruz.—Esta última ascension solo la hace el encargado de iluminar la vispera de San Pedro aquella cruz perdida en la inmensidad de los aires.

Hubo un momento en que pensé en subir yo también; pero la mera idea de intentarlo me hizo perder la cabeza, y tuve que arrojarme *al suelo*, temeroso de perder tambien el sentido.

Estas emociones las han experimentado cuantos se han visto dentro de la *palla*...

Y á propósito: en las escaleras de la cúpula he leído una porcion de lápidas conmemoratorias de los principales viajeros que han visitado la bola de bronce, y resulta que han subido á ella mas de cien soberanos asiáticos, africanos y europeos.

Yo creo que el desasosiego que se experimenta en aquel gabinete aéreo depende mas de la imaginacion que de los sentidos. La conciencia de la altura á que se encuentra uno; el recuerdo de la *palla* vista por fuera y desde abajo; el temor á los terremotos, tan comunes en Italia; y para mí, sobre todo (lo repito), la continua tentacion de escalar la cruz y abrazarme á ella,—*idea* que estaba seguro de no realizar, y que, sin embargo, me trastornaba *por sí misma*,—son la verdadera causa de la intranquilidad que se siente, y que yo sentia, en un lugar tan seguro; seguridad abonada por doscientos y tantos años de experiencia.

Dicho se está que desde aquella fabulosa altura se goza de unas estensísimas cuanto interesantes vistas.

Desde allí se domina en primer lugar toda la mole de la Basilica,—inmensa azotea, coronada por diez cúpulas secundarias; vasta llanura de piedra, levantada en los aires, sobre la cual se encuentran calles, plazas, escaleras, monumentos... hasta viviendas humanas.

Se ha dicho, con razon, que «San Pedro es una especie de ciudad aparte, comprendida en la ciudad eterna, con su clima y su temperatura propios, con su luz particular; tan pronto desierta, como visitada por caravanas de viajeros, ó poblada por una inmensa muchedumbre que acude á las ceremonias religiosas... (En algunos jubileos ha llegado á cuatrocientosmil el número de peregrinos que han entrado en Roma.)—*San Pedro* tiene sus aljibes de agua, sus caminos ó rampas por las que pueden subir hasta la plataforma bestias cargadas, y su poblacion fija que vive en las azoteas. Los *San-Petrini*, obreros encargados de la conservacion de un edificio tan precioso, se suceden de padres á hijos y forman una corporacion con sus leyes especiales y su policia.»

Tambien se ve desde allí toda la ciudad de Roma, esto es, la antigua y la moderna; lo mismo el Capitolio que el Quirinal; así las cuatrocientas iglesias cristianas, como los arcos, obeliscos, pórticos y templos de la gentilidad...—Aquí el Pantheon; allí el Coliseo; allá la Columna-Trajano; acullá el Tiber con sus cinco puentes (uno de ellos colgante), con sus barcas, sus muelles, sus puertos... En este lado la *Ciudad Leonina*, el Vaticano, los Jardines Pontificios, el Castillo de Sant-Angelo, el Pincio, la Villa Borghesse... En aquel otro el Trastevere, las Termas de Caracalla, las de Tito; San Sebastian (donde se halla la entrada en las *Catacumbas*, á las cuales ardo en deseos de bajar y bajaré muy pronto); los cementerios católico, judío y protestante (pues en Roma hay tolerancia religiosa); la inmensa *Basilica de San Pablo*, pretenciosa rival de la de San Pedro; los Acueductos; la *Via-Appia*, trazada por dos hileras de tumbas; los melancólicos despoblados de la campiña romana; los montes de la Sabina, los montes Albanos, la oscura selva de *Laurentum*, y mil pueblecillos en torno á la desierta llanura, y ruinas en medio de esta, y pantanos á lo lejos, y el ferro-carril de Civita-Vecchia, y por último, en lontananza... la línea horizontal del Mediterráneo...—¡Qué panorama! ¡Qué mundo de recuerdos! ¡Qué abismo de meditaciones!

Tal ha sido mi primera visita á *San Pedro*.—Pasado mañana veremos la gran Basilica durante una de las mas solemnes ceremonias de la iglesia.—Tengo para mí que la carta que te escriba entonces, ha de interesarte mucho mas que la que aquí termina. ¡Co no que en aquella podré describirte á Pio IX y á todo el clero romano!

IV.

El Monte Janículo.—La celda en que murió *Tasso*.—El Pantheon.—El Pincio.—La aristocracia seglar de Roma.—Puesta de sol.—Tertulia española.

El mismo día 23 á las nueve de la noche.

No satisfecho todavía con la gran vista panorámica de Roma que disfruté esta mañana desde lo alto de la cúpula de San Pedro, he pasado despues toda la

tarde corriendo de cumbre en cumbre y cebando mis ojos en la contemplacion de la ciudad eterna, cuyo aspecto general quiero grabar en mi alma con indelebles caracteres antes de descender al estudio interior y observacion minuciosa de sus iglesias, palacios, museos, ruinas y demás monumentos que la decoran.

Animado por esta idea, principié mi expedicion esta tarde haciéndome conducir á la cima del *Monte Janículo*, la mas alta de las diez colinas (no siete) sobre que se levanta Roma.

El *Monte Janículo*, llamado hoy mas comunmente *Montorio* (monte de oro) del color de sus arenas, se estiende entre el *Monte Vaticano* y el *Monte Aventino*, á lo largo de la orilla derecha del Tiber.

Para llegar á su cumbre, hube de pasar cerca de la iglesia y convento de *San Onofrio*, donde murió *Torcuato Tasso*; y como aquel sea un sitio muy apartado del centro de Roma, aproveché la ocasion (por si no se me presentaba otra tan favorable) de visitar la celda inmortalizada por los infortunios del célebre poeta.

Un fraile gerónimo sumamente jóven, perteneciente á la comunidad que habita hace tres siglos aquella piadosa casa, me hizo los honores de ella, explicándome las menores circunstancias de los últimos dias de *Tasso*.

La celda se halla en el mismo estado en que la vió el cantor de las Cruzadas al lanzar el último suspiro.

Allí se encuentran su papelera, su sillón, un vaso antiguo de barro que habia siempre en su mesa, el Crucifijo de bronce que estrechó entre sus manos al espirar, el espejo que copió su imágen...—imágen que pasó por él como una nube por el cielo...

Algunas banderas de los cruzados, coronadas de laureles que se renuevan de tiempo en tiempo, adornan una de las paredes...

En otra parte se ve la mascarilla modelada sobre el rostro exánime del infortunado *Torcuato*.

El yeso repitió fielmente la horrible demacracion de las facciones del tísico... Y ¡cuán dolorosa es la expresion de aquellas mejillas hundidas, de aquella frente atormentada!

Sobre la papelera hay un tintero...

Es el mismo que usó *Tasso* durante los treinta y cinco dias que moró en aquella estancia!

Yo miré el fondo vacío de aquella fuente agotada, y pensé en las canciones, en los poemas, en los mundos de hermosura que se habian secado al secarse la tinta que no estrajo de allí la pluma del poeta.

De otra pared penden dos cuadros que encierran dos cartas autógrafas del cantor de *Aminta*.—Son sus últimos escritos.

Una de ellas, trazada por la insegura mano del moribundo la vispera de su tránsito á la otra vida, dice de esta manera: